

---

## CAPÍTULO XI.

Juana vista á la luz de un incendio.

En efecto, la cosa empezaba á estar buena, el espectáculo era magnífico y los espectadores innumerables.

El incendio había esperado á que aparecieran las primeras sombras de la noche para dejarse ver con más claridad, porque el fuego es un gran artista y sabe que los incendios de día no tienen gracia.

Los tragaluces de las boardillas arrojaban de vez en cuando espesas bocanadas de humo salpicadas de chispas, que se perdían en el aire, y después de estas bocanadas brillaba de pronto una llama roja que se levantaba un momento iluminando la sombra del tejado, y volvía á esconderse.

La noticia del incendio se habia esparcido por todo Madrid de calle en calle, de plaza en plaza y de torre en torre, extendida por la voz atribulada de las campanas, y la gente acudia de todas partes llenando las avenidas, ansiosa de ver el espectáculo.

Desde el lugar del incendio hasta la fuente inmediata se habia establecido un cordón de aguadores que iba y venía, formando una especie de noria humana, en que cada canchilón era un hombre.

Hubiera sido temerario é inútil intentar combatir el incendio subiendo al tejado, pues ardía por todas partes, y las mangas de las bombas treparon por los balcones y por los patios de las casas contiguas, y desde allí lanzaban rayos de agua sobre aquella nube de llamas.

El agua y la llama se encontraban y se confundían, dominándose alternativamente una á otra como dos espadas que se cruzan en un duelo á muerte.

Unas veces la llama huía arrollada por el agua, dejando en el aire ráfagas de humo que oscurecían el cielo; otras veces el agua

caía sobre el fuego y era devorada en el acto; en aquel momento las llamas brillaban con nueva claridad, como si quisieran manifestar así el orgullo del triunfo.

El incendio habia establecido la base de sus operaciones en el centro del tejado; era un punto estratégico perfectamente elegido; porque desde allí dominaba el hueco de la escalera, recibía el aire que entraba por los tragaluces de las boardillas, cuyas maderas habian caído ya abrasadas, y al mismo tiempo tendía sus llamas por las pendientes del tejado hasta lamer los bordes de las últimas tejas que, calcinadas, se desprendían, cayendo á la calle con estrépito, y dejando en el aire nubes de chispas. Otras veces las llamas se empinaban derechas, iluminando el torbellino de humo que las envolvía.

Por el hueco de la escalera bajaban pedazos de madera encendida, polvo ardiendo y escombros abrasados.

Era imposible subir ni bajar por aquella escalera, por cuyas barandas de madera empezaba á descender el incendio formando cordones de luces.

El hierro se retorcia bajo el azote del fuego; los goznes se desataban cortados por el filo de la llama; corria el plomo derretido por las paredes hechas ascua, y saltaban los cristales en mil pedazos.

La posicion del incendio era formidable; rugia triunfante como en un horno preparado para que fuera invencible; la parte superior del edificio hacia el efecto de una inmensa hornilla: por cada agujero salia una ráfaga encendida; parecia un volcan con muchas bocas.

Saltaban las tejas empujadas por el fuego; se descarnaban las paredes lamidas por las llamas, y aparecia ese esqueleto de madera que sostiene las casas de Madrid, iluminado por todas sus coyunturas como el armarzon de un castillo de pólvora.

Se oia un crujir incesante, un rechinar continuo, el bramar de las llamas, el hervir del fuego, algo parecido al rumor del trueno lejano, y se oian tambien las voces y los gritos de los hombres que desde los tejados inmediatos luchaban con tan feroz enemigo.

Las mangas de las bombas parecian in-

agotables, y el incendio, dueño de toda la parte superior del edificio, parecia invencible.

Entre tanto los vecinos habian ido abandonando la casa, llevándose cada uno lo que pudo en la precipitacion de tan angustioso momento, y algunos, más perezosos, que habitaban los pisos bajos, tuvieron que descolgarse por los balcones.

La calle estaba llena de lamentos, de gemidos, de muebles rotos, de ropas, de colchones.

Los niños lloraban, las mujeres gemian, los hombres gritaban; se buscaban unos á otros, se llamaban por sus nombres, se agrupaban: aquello era una confusion de voces, de gemidos, de cosas, de hombres, de niños y de mujeres, imposible de describir.

Afortunadamente todos los vecinos de aquella casa, que ardía como una antorcha, llenando el aire de humo, de llamas y de chispas, se habian salvado.

La muchedumbre de los curiosos llenaba todas las avenidas, y aquellos torrentes de cabezas, detenidos en las boca-calles por los centinelas, aparecian iluminados por los rojos resplandores del incendio.

A cada incidente del fuego que devoraba la casa, á cada explosion de la llama, se extendia por la muchedumbre un rumor profundo que iba á perderse en los extremos de las calles, como si el trueno respondiera al relámpago.

Juana y Magdalena, apoyadas sobre el pasamano de hierro de la ventana de su cuarto piso, veian el incendio tan cerca, que algunas veces habian tenido que retirarse empujadas por el humo.

El semblante de Juana, iluminado por el resplandor, aparecia oscuro y serio, y el de Magdalena brillante y affigido.

Juana, serena é impasible, miraba los estragos del fuego, y seguia el curso del incendio, exclamando:

—Cá..... no lo apagan..... mira, mira, por allí resulta ahora..... ¡qué barbaridad, si está ardiendo todo el tejado! Vamos á tener una noche toledana.

Magdalena, agarrada al brazo de su madre, temblaba.

—Vámonos, le decia; vámonos, madre.

Y tiraba de ella queriéndola arrancar de la ventana.

—No tengas miedo, decia la madrastra; aquí no llega y desde aquí se ve muy bien todo.

—¿Y mi padre? preguntaba la niña. Si estuviera aquí mi padre.....

—¡Tu padre! échale un galgo.

—Yo quisiera que estuviera aquí, insistió Magdalena con el acento del que manda á la vez que suplica.

—Pues hija mia, no está, replicó la madrastra, y no es cosa de echar un pregon para que venga.

—¿No lo podemos buscar nosotras?

—¡Nosotras! exclamó Juana; vamos, tú estás loca.

—Pues en alguna parte estará mi padre.

—Ya lo creo, en alguna parte estará; eso es claro; y no debe encontrarse mal donde esté. Déjalo, hija mia, que maldita la falta que nos hace.

Magdalena levantó los ojos cuajados de lágrimas, miró á Juana con asombro, y le dijo:

— Mi padre nos hace mucha falta, y si él supiera.....

Juana no dejó concluir á Magdalena, y le cortó la palabra haciéndola esta pregunta:

— ¿Si él supiera qué?

— ¡Si él supiera esto! contestó la niña.

La respuesta no debió satisfacer á Juana, porque volvió á preguntarle:

— Pero, ¿qué es *esto*?

— ¿Pues qué ha de ser? dijo Magdalena; ¿le parece á V. poco el fuego que nos amenaza, el peligro en que estamos y el miedo que tenemos?

— ¡Ya! exclamó Juana, como si saliera de una duda.

— Si él supiera esto, prosiguió, ya estaria con nosotras, ya nos hubiera sacado de aquí, no estariamos solas, no tendria yo tanto miedo.....

— Tu padre tiene otras cosas que hacer, y ya ves tú que no se da mucha prisa.

Si Magdalena comprendió ó no toda la crueldad de estas palabras, es cosa que yo no he podido averiguar; pero ello es que contestó en el acto:

— Mi padre es el más bueno de los hombres.

Era la primera vez que Juana veia á Magdalena levantarse, digámoslo así, contra ella, en defensa de su padre; era la primera vez que la niña se separaba del parecer de la madrastra; era la primera vez que hablaba el corazon de la hija, porque, preciso es decirlo, Juana habia tejido al rededor de la niña una especie de tela de araña, en la que vivia presa la voluntad de Magdalena, y entre el padre y la hija habia puesto Juana un mundo de pequeñeces.

Lo que el padre negaba, Juana lo concedia; regañaba el padre, y acariciaba Juana; y la niña, seducida por aquel cariño complaciente dispuesto siempre á satisfacer todos sus caprichos, se sentia arrastrada hácia su madrastra por una fuerza semejante á la que empuja al pájaro á la boca de la serpiente.

Por una razon geométrica fácil de comprender, Magdalena se alejaba de su padre todo lo que se acercaba á su madrastra, y al mismo tiempo, el maestro de obras, queriendo establecer un prudente equilibrio, aparen-

taba ser con su hija tan severo, como Juana era cariñosa.

El padre era la sombra, y Juana la luz al rededor de la que daba vueltas, hasta quemarse las alas, esta deslumbrada mariposa.

Por una combinacion bien natural y bien cruel al mismo tiempo, el cariño ciego de la madrastra se habia interpuesto entre el padre y la hija, separándolos en vez de unirlos.

Juana satisfacía muchos caprichos de Magdalena, diciéndole: «Esto que no lo sepa tu padre»; y la niña callaba, mintiendo ántes de saber mentir.

Entre las vecinas de los cuartos inmediatos se hacia conversacion algunas veces, y unas decian: «Esa niña no será buena, no quiere á su padre.»

Otras miraban la cuestion desde distinto punto de vista, y decian: «Pues el padre no parece que ha de ser de azúcar, y dicen que está entrampado hasta los ojos.»

«La pobre Juana, añadian otras, es la que paga el pato; trabaja como una negra, y luego, ayúdeme V. á sentir, templando siempre la gaita del padre y la gaita de la hija.»

Así se explicaba la opinion pública de esta familia.

«Mi padre es el más bueno de los hombres.»

Esta frase pronunciada con viveza por la niña, habia causado en Juana un verdadero asombro; habia resonado en sus oidos como un grito de alarma, é inmediatamente se puso en guardia.

—Sí, dijo, tu padre es el más bueno de los hombres, pero el más bueno de los hombres nos tiene aquí solas, sin saber qué hacer.

—Si mi padre supiera lo que pasa, replicó Magdalena, ya estaria aquí.

—Pues hija mia, debe saberlo, porque á estas horas todo Madrid sabe que esa casa es la que está ardiendo.

—¿Pero es posible, señora, replicó, que mi padre sepa esto y no venga?

—Lo que yo puedo decirte es que es imposible que no lo sepa, y en cuanto á la prisa que se da por venir, tú misma lo estás viendo por tus propios ojos.

En aquel momento se hundió con ruido

profundo, semejante al de un terremoto, gran parte del tejado; saltaron los escombros encendidos hasta caer en las casas inmediatas, y Juana, ahogada por el humo y por el polvo, se retiró precipitadamente de la ventana, exclamando:

—¡Caramba, que esto va serio!

Su hija dió un grito y se refugió á un extremo de la sala, sollozando y repitiendo:

—Dios mio, que venga mi padre pronto.

Crecía el incendio alentado por sus primeros triunfos, y crecían la confusión, las voces, los alaridos y el espanto.

En las casas más inmediatamente amenazadas por el fuego se notaba una agitación que dejaban ver los balcones abiertos de par en par, y las luces que iban y venían de una habitación á otra.

Las familias atribuladas recogían los objetos más preciosos, hacían líos de las ropas más necesarias y los arrojaban por los balcones.

Juana estaba indecisa, no sabía qué hacer, empezaba á pensar que había perdido demasiado tiempo, que el fuego podía comuni-

carse á su casa, y que en tal caso todo sería allí pasto de las llamas.

Magdalena no hacía más que sollozar y decir:

—¡Dios mio, que venga mi padre pronto!

—¡Tu padre, tu padre, repetía Juana, maldito; si estuviera aquí, aún podríamos salvar algo.

—Pues salvémonos nosotras, decía la muchacha; salgamos de aquí.

—¿Y he de abandonar mi casa, mis muebles, mis ropas.....

Juana se detuvo tomando la actitud del que escucha.

Sobre el piso en que vivía habitaban los vecinos de las buhardillas, y se oían voces confusas y el rumor repetido de muchos pasos precipitados.

Juana se lanzó á la puerta de su habitación que daba á la escalera, y abrió el ventanillo.

Entonces vió que toda la gente de las buhardillas huía.

—¿Qué pasa, vecinos? dijo sin abrir la puerta.

Una mujer agobiada bajo el peso de un gran lío de ropa y con un niño en brazos, le contestó :

—Nada, señora; que nos ha caído la lotería y nos mudamos.

Detras de esta mujer bajaba un hombre cargado con un colchon.

—Anda, no te pares, le dijo á la mujer que llevaba delante.

Juana oyó entónces una voz ronca por la fatiga, que gritaba :

—Aquí, venid aquí..... agua, agua.

Por esos cambios bruscos de sentido que experimentan algunas veces las palabras, la voz de «agua, agua», queria decir «fuego, fuego.»

Juana lo entendió así, y sin detenerse más tiempo, acudió á la habitacion que le servia de dormitorio, apartó la cama, levantó con las uñas una baldosa del pavimento, sacó un pequeño lío, y estando suspendiéndolo en la mano como si quisiera calcular su peso, sonó la campanilla de la puerta.

—Mi padre, exclamó Magdalena, y acudió á abrir.

—Espera, gritó Juana, y con gran prisa ocultó entre sus vestidos el lío que tenía en la mano, colocó la baldosa en su sitio, y empujó la cama hasta dejarla de la misma manera que estaba ántes.

Magdalena habia mirado por el ventanillo, y al ver á Juana que acudia á abrir, le dijo :

—No es mi padre.

En efecto, no era el padre de Magdalena; era el hijo de Juana.

—Vén acá, le dijo su madre; alguna vez me has de servir de algo; cierra esa puerta.

El muchacho siguió á su madre, y al pasar junto á su hermana le hizo un guiño horrible y en voz baja le dijo :

—Rabia, rabia; te vas á abrazar viva.

La pobre niña echó á llorar.

Juana habia tendido en medio de la sala un gran pañuelo, sobre el cual iba poniendo los mejores vestidos de Magdalena, sus joyas, sus adornos, sus dibujos, sus libros.

Cuando ya no cabia más en el pañuelo, anudó sus cuatro puntas y llamó á su hijo.



—Toma, le dijo, carga con eso.

—¡Yo! replicó el muchacho.

—Tú, salvaje.

—Yo no puedo con ese lío.

—No me desesperes; cógelo y echa delante.

El muchacho dió un paso atrás y dijo con ademán decidido:

—Yo no lo llevo.

Juana se lanzó sobre su hijo, pero éste, más ágil, dió un salto y corrió hasta la puerta de la escalera.

—Infame, gritó la madre yendo hácia él; pero el muchacho abrió la puerta y se colocó á la parte de afuera, teniéndola asida para cerrarla en el momento de una nueva acometida y ganar la escalera.

Juana comprendió que era imposible cogerle y se detuvo; dulcificó su voz cuanto pudo, y le dijo:

—Vén acá, no me quites la vida; coge ese lío y llévalo á casa de la señora Marta, que allá vamos nosotras.

El muchacho metió la cabeza por la puerta entreabierta, y volvió á repetir con el mis-

mo tono y con el mismo ademán insolente y resuelto:

—No, no lo llevo.

—Pero demonio del infierno, dijo su madre, ¿lo he de llevar yo?

Los ojos de Juana chispeaban de cólera. Magdalena no había visto nunca aquella cara terrible de su madrastra.

El muchacho, parapetado detras de la puerta, contestó:

—¿A mí qué me importa? Que cargue con el lío la *niña*; que se lo eche á costas la *señorita*, que su ropa es.

—Sí, madre, dijo Magdalena; déjelo V.; yo lo llevaré.

—Tú no puedes, gruñó bruscamente Juana.

—¡Que no puede! ¡qué lástima de azotes!.... ¡Que no puede! Pues que pueda, y si no puede, que reviente.... Ya llegará la mia y entónces me las pagarás todas juntas.

Y el muchacho decia esto dejando ver en su semblante la expresion de un ódio profundo.

—Yo no te he hecho ningun daño, sollozó Magdalena.

—No, ¿eh? ya lo veremos; deja que llegue la mia y verás todo el mal que me has hecho. Fea, *feróstica*, horrible, te tengo que arrancar el moño. Y unia el ademan á la palabra.

Magdalena sintió en su corazon un frio mortal; esa amenaza grotesca la hirió de un modo terrible; vió en ella la explosion repentina de un rencor largo tiempo contenido, y por un movimiento instintivo se acercó á su madre.

Ésta se interpuso entre su hijo y su hija diciendo:

—Bribon, la aborreces..... peor sería que la quisieras. Pero mira lo que haces, porque si te atrevieras á tocarla al pelo de la ropa te desollaria como á un cabrito.

—¿Sí? dijo el muchacho, dando un paso hácia su madre y cruzando las manos con rabia; por estas cruces, que he..... de.....

No pudo continuar, porque Juana aprovechó aquella ocasion para cogerlo, y se lanzó nuevamente sobre él; pero el muchacho,

por un movimiento brusco desesperado, se desasíó de las manos de su madre, y por segunda vez ganó la puerta.

Juana estaba furiosa y se arrojó tras de su hijo, y lo hubiera cogido ántes que éste bajara el primer tramo de la escalera, si el paquete que llevaba oculto no la hubiera detenido, cayendo con pesadez en el suelo.

—Anda, infame, murmuró Juana recogiendo con avidez aquel pequeño lío pesado y duro; yo te echaré la mano encima, y por tarde que sea te ha de parecer temprano.

El muchacho bajó la escalera saltando de dos en dos los escalones y gritando:

—¡Fuego, fuego!

Estos gritos acabaron de llevar la alarma á todos los cuartos, y la confusion y el terror llegaron á su colmo.

Juana ocultó en su pecho, bajo los dobles pliegues de su pañuelo, aquel paquete tan cautelosamente guardado; asíó con una mano el lío voluminoso que su hijo no habia querido llevar, y dijo á Magdalena:

—Echa delante.

La pobre niña temblaba, dominada por un terror invencible; estaba aturdida.

Juana la empujó hácia la puerta, diciéndole:

—Vamos.

Cuando llegaron á la calle, las detuvo un corro de gente, en medio del que se agitaba un hombre, que decia:

—¿No hay nadie que se atreva?

Un murmullo fué la única contestacion que obtuvo esa pregunta.

—Ofrezco mil duros, dijo el hombre.

Nadie contestó.

—Dos mil.....

El mismo silencio.

El incendio seguia abrasando la casa.

—¿Qué quiere ese hombre? preguntó Juana.

—Quiere, le contestaron, poca cosa: busca uno que se deje tostar vivo por dos mil duros.

—Dos mil duros es poco, murmuró Juana.

El hombre debió oir estas palabras, porque al instante gritó:

—Doy tres mil.

—Vamos, hija, dijo Juana á Magdalena, y siguió adelante, diciendo en voz baja:

—¡Tres mil duros! ¿Dónde estará tu padre?

—Mi padre, exclamó la niña; yo quiero ver á mi padre.

—Anda, anda de prisa, gritó Juana con manifesta impaciencia. ¡Tu padre, tu padre! Yo lo buscaré; áun es tiempo. ¡Tres mil duros! ¡tres mil duros!

Diciendo esto, entraron en una casa situada en el extremo de la calle.

En la puerta de esta casa estaba la señora Marta.

—Tome V., le dijo Juana; guárdeme V. esta alhaja y este lío. Yo vuelvo al instante. La alhaja era Magdalena.